

El encuentro del Mundo Islámico con las ideologías occidentales

El mundo islámico de nuestros días es el resultado de un largo proceso histórico que se inició con la predicación del Islam por el profeta Mahoma (siglo VII de J.C.). El Islam es la sumisión del creyente a Dios, pues en ello consiste el acto radical de la fe. Para los historiadores no musulmanes el Islam es la tercera forma del monoteísmo estricto; pero para los musulmanes el Islam no es «una religión», sino la Religión de Dios (*Din Allah*) que fue revelada a los hombres desde el propio Adán y después por los profetas, en especial por los grandes profetas-enviados (*Yusu*): Moisés para los judíos, Jesús para los cristianos y Mahoma que es el definitivo en cuanto «sello de los profetas». A la muerte del Profeta (632 de J.C.) casi toda Arabia había abrazado el Islam, y poco después los árabes convertidos al Islam empezaron a extenderse por el Mundo Antiguo. Antes de que acabase el siglo VII, habían llegado por el Este al Caspio, Aral e Indico; y por el Oeste hasta el Atlántico, y como es sabido, el 711 entraron en la Península Ibérica. Más tarde llegaron al África subsahariana, al subcontinente Indio, a China e Indonesia, alcanzando hasta la isla de Mindanao en Filipinas. Aún en el siglo XX, las migraciones y las conversiones han creado comunidades importantes en América y Europa.

El Islam no distinguía, ni distingue técnicamente, entre una sociedad meramente civil y la comunidad religiosa. Esta concepción de una comunidad de creyentes (*umma*) sólo existió como realidad temporal en tiempos del Profeta Mahoma y de sus dos primeros sucesores, Abu Bakr y Umar, y con problemas durante los dos siguientes, Utmán y Ali. En tiempos de este último, al no ser aceptado por los omeyas marwaníes, el Islam se dividió y, entre otros grupos menores, surgieron el Islam mayoritario Sunní y el minoritario Chíí. Desde entonces (segunda mitad del siglo VIII de J.G.) hasta hoy la «nación islámica» pertenece a la categoría de utopía necesaria; la realidad temporal fueron los califatos omeya oriental, abbasí, omeya del al-Andalus, fatimí y luego los numerosos imperios y reinos casi hasta nuestros días.

A finales del siglo XVII, el mundo islámico estaba incluido en los imperios chino, español (los «moros» de Mindanao), mogol (en la India), sáfavi (en Irán y parte de Afganistán y Truquestán) y turco (Arabia, Egipto, Iraq, Si-

**MIGUEL
CRUZ HERNÁNDEZ**

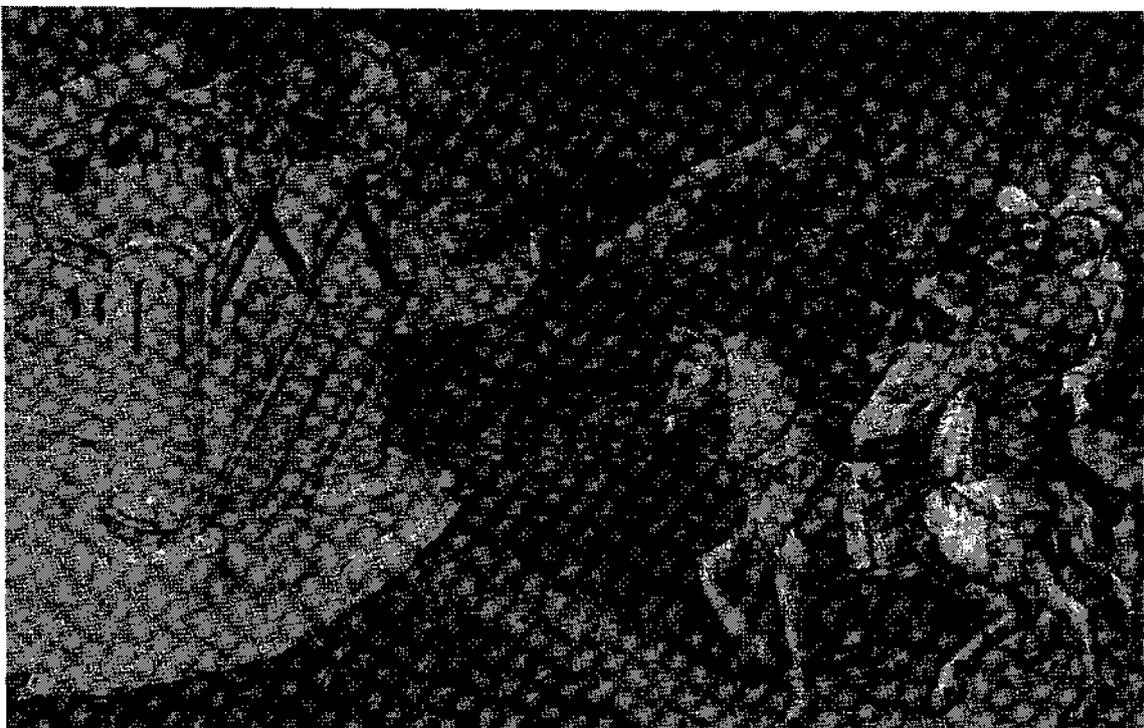
*la utopía de la
«umma» islámica*



ria, Anatolia, parte de los Balcanes, el Cáucaso y el sur de la URSS actual, y todo el Magreb, salvo Marruecos). Durante el siglo XVIII el desarrollo de los establecimientos ingleses en la India y holandeses en Indonesia y la campaña napoleónica en Egipto dieron lugar a un primer encuentro que no por económico, militar y político dejó de tener sus consecuencias ideológicas. Aunque el movimiento surgido a finales del siglo XVIII más conocido por los no especialistas sea el *wahhabí* predicado por Muhammad b. Abdgal-Wahhab (1703-1792), los ulemas yemeníes Muhammad al-Murtadá (muerto el 1795 y Muhammad b. Ali al-Chaukani (muerto el 1834) pidieron una reforma de la enseñanza islámica, y Sayyid Ahmed y Chariat Allah reflejaron de forma negativa la ideología sublatente en el «establecimiento» colonial inglés en la India. Todo ello confluye, en unos casos, o forma el contexto social en otros, en la *Salafiyya*. En realidad Yamal al-Din Afgani (muerto el 1887) buscaba una reforma del Islam para devolverlo a su pureza original, pero dentro de las condiciones del siglo XIX. Que sus dos obras se titulen *Refutación de los materialistas* y *El lazo insoluble* dice mucho de su intención; pero el estatuto social del mundo islámico era un escollo insalvable. Los colonialistas otomanos, rusos, ingleses, franceses y holandeses de aquel momento (primera mitad del siglo XIX) creían que cualquier reforma debería realizarse de modo tal que no molestase al «establecimiento» oligárquico islámico y no diese lugar a favorecer los ideales nacionalistas e independentistas. Por esto las minorías musulmanas que deseaban la renovación se vieron perseguidos por la oligarquía islámica establecida, por las

fuerzas colonialistas y hasta por los ulemas tradicionales que los tildaron de disidentes y de ser malos musulmanes. Por esto fracasaron los intentos de integración de Muhammad Abdu (1845-1905), de Sayyid Ahmad Jn (1817-1898) y de la *Nahda* (renacimiento o restauración) en general. Los movimientos de renovación islámica, ante unas condiciones sociales tan adversas, fracasaron rotundamente; su destierro forzado en países occidentales y la llegada a los centros universitarios europeos de jóvenes estudiosos islámicos, condujeron a intentos de recepción de las ideologías occidentales. El caso más significativo fue el nuevo espiritualismo de Muhammad Iqbl (1876-1938) que intentó hacer una síntesis bergsonian-mutazili cuya intención aparece en el título de su principal obra, *Reconstrucción del pensamiento religioso del Islam*, que fue prologada por el eminente islamólogo el prof. L. Massignon. Pero, salvo en el terreno del «redescubrimiento» de los *falásifa* islámicos (al-Farabí, Ayicena y Averroes sobre todo), el resultado fue conflictivo, pues ya en el siglo XX, el mundo islámico, y muy especialmente el árabe, consideró que los gobiernos europeos habían traicionado la causa árabe y menospreciaban el Islam. Las minorías formadas en los centros europeos asimilaron en gran parte el pensamiento europeo entonces vigente, en especial el neopositivismo anglosajón, la fenomenología alemana y el personalismo francés. Pero esto fue considerado como algo meramente académico y foráneo, aparte del socialmente inoperante; algo así como la «filosofía de profesores para profesores de filosofía», por emplear la expresión de Nietzsche. Para la mayoría de los ulemas (profesores islámicos) se trataba de un «desclasamiento» social, aunque no se tratase de ideología, sino de pensamiento filosófico, como en el caso del evolucionismo introducido por Chibli Chumayyil (1860-1917), el historicismo de Muhammad Tazirut (1898-1980), el personalismo de Muhammad Aziz Lahbabi (que luego evolucionó hacia la justificación de un *demanismo* al-gadiyya, tercermundista), la analítica existencial de Abd al-Rahman Badawi, etc. De las ideologías occidentales importables, y en todo o en parte importadas, las más relevantes fueron las que tenían una acusada vertiente política. Su aplicación a la política concreta de los países islámicos resultó fallida

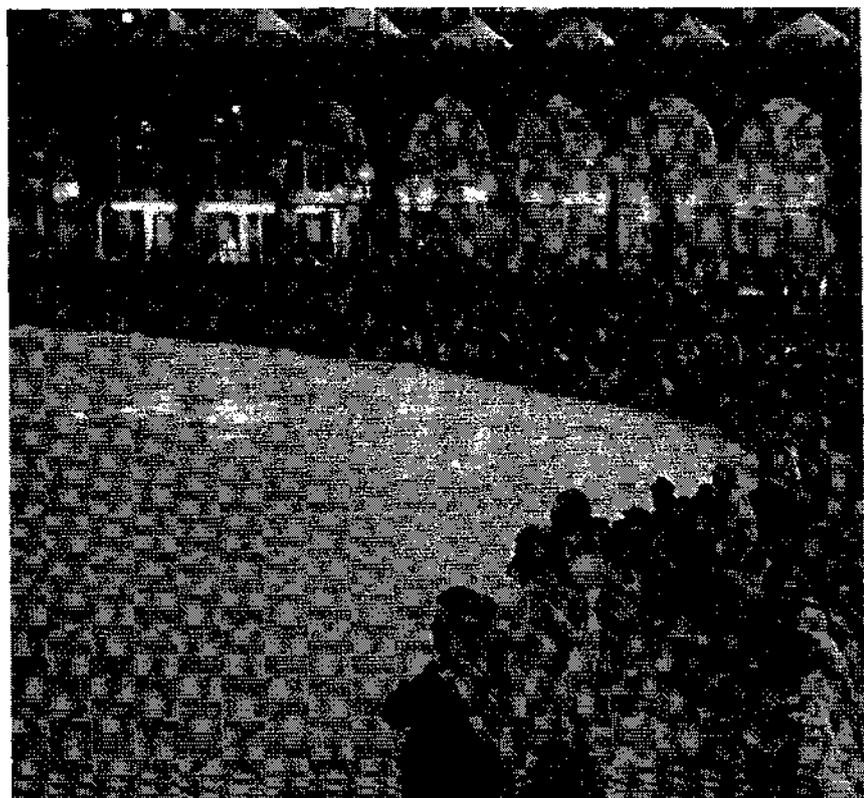
Ideologías occidentales



cuando no catastrófica. El despotismo ilustrado intentado por los gobiernos iraní y egipcio de los comienzos del siglo XIX no fue entendido ni por las masas ni por los ulemas. La democracia liberal limitada europea del siglo XIX fue intentada en el siglo XX y fracasó rotundamente. La democracia parlamentaria fue una ficción minoritaria en los pocos sitios y durante el poco tiempo que duró. Ninguno de los modelos económicos occidentales pudo ser aplicado correctamente, y el socialismo «árabe» y el marxismo importado, que después analizaremos, carecieron por los común de una real estructura dialéctica.

*El marxismo
en el
mundo islámico*

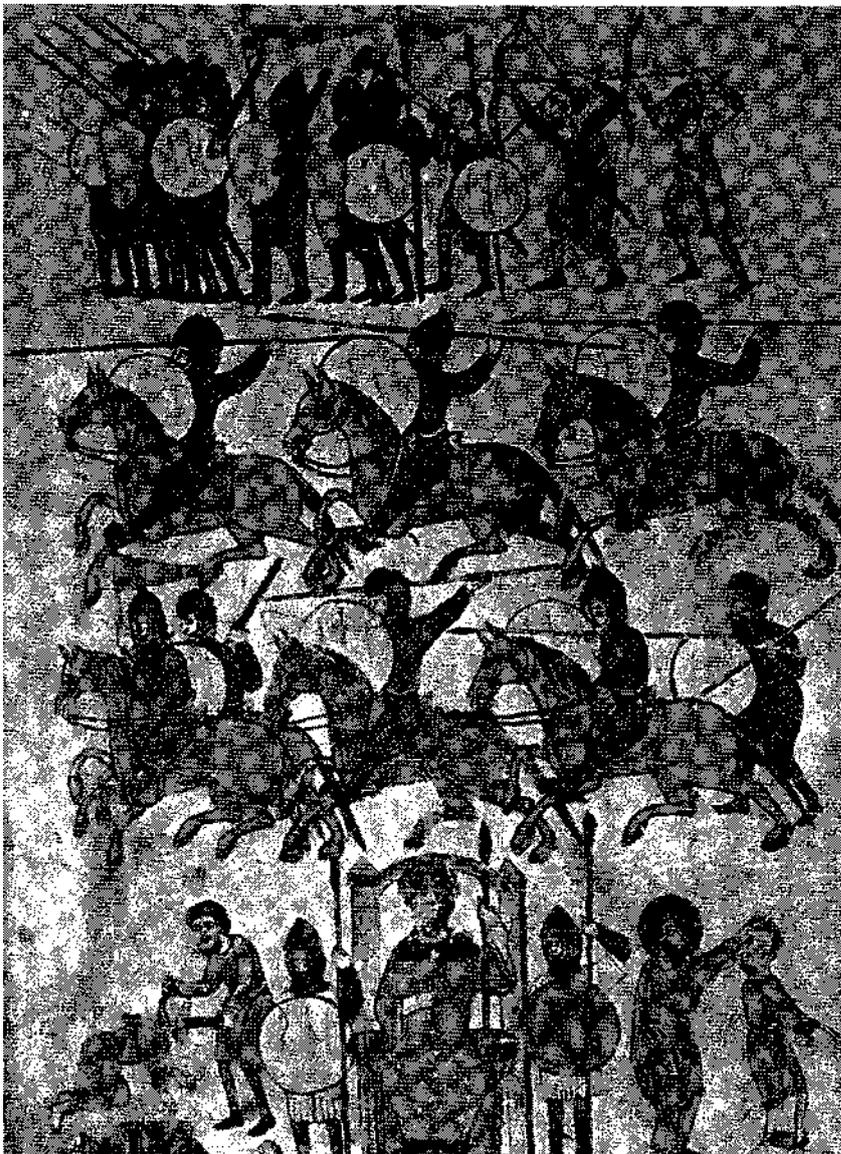
M. Rodinson que estudió el problema del marxismo en el mundo árabe, reconoció que era muy difícil encontrar una huella real hasta el principio de los años veinte. El eco de la Revolución rusa dio lugar al movimiento de Sultán Galiev que sólo conocen los que han leído a Rodinson. Algunos argelinos afiliados a la C.G.T. francesa (pues teóricamente eran «ciudadanos» franceses) conocieron las doctrinas de Marx, pero tanto en este caso como el en *Neo-destur* tunecino, el *Baat* sirio-iraquí, etc. se trataba de interpretaciones sindicalistas o socialdemócratas del marxismo. Tras la guerra de 1939-1945, el marxismo-leninismo en su interpretación estalinista se abrió paso en el mundo islámico, más por la acción política internacional de la URSS que por la labor de los líderes marxistas islámicos; pero los sistemas políticos de los países islámicos repelían el marxismo y lo reprimían del modo que se puede imaginar: cárcel y muerte. Incluso las «revoluciones» egipcia, siria e iraquí fueron durísimas con los marxistas nacionales. La alianza con la URSS, la «alineación» con su política y hasta los cánticos a sus excelencias culturales, económicas, militares y políticas eran una cosa; la organización de partidos comunistas en los países islámicos era otra cosa muy diferente, y la cárcel, la tortura y la muerte fue el destino de muchos de sus organizadores y militantes. Por citar un solo caso, si duro fue el último Sha de Irán, Reza Pahlevi, con los marxistas que entraron en el viejo partido Tudeh más lo fue aún Jomeini con el Tudeh ya claramente filo-marxista o marxista. La ideología marxista sólo ha dejado en el mundo islámico algunos usos terminológicos; tras el hundimiento



del supuesto «socialismo real» de la URSS y países de su antigua órbita, ni siquiera eso.

Ahora ni Sadam Husein, cabeza del *Baat* iraquí, nombra al socialismo árabe (*ichtirakiyyat al-arabiyya*) que a su «maestro Gamál Abd al-Nser no se le caía de la boca. En realidad, el *Baat* de Michel Aflaq y de Huraño era nacionalista y ni siquiera socialdemócrata; cuando sus líderes iraquíes y sirios empezaron a hablar de «socialismo árabe» fue por mera copia de la terminología de Náser, pues sólo se trataba de eso. la *Carta Nacional* egipcia de 1962 definía al nacionalismo árabe como «el camino que conduce (...) a la libertad (...) a la unidad (...), al socialismo». Pero el socialismo de Gamal Abd al-Náser no pasó de una aproximación parcial al estatismo del llamado «socialismo real» estalinista. Una ideología comunista, socialista o realmente socialdemócrata es aún imposible en casi todos los países islámicos por tres razones principales: la falta de una tradición ideológica positiva, la imposibilidad técnica del laicismo, y la confusión entre nacionalismo islámico, nacionalismo árabe y nacionalismos «regionales», o sea, de los actuales estados. Además, la «praxia» del socialismo práctico, no sólo no ha apoyado la posibilidad de una teoría socialista árabe, sino que ha conducido a auténticos desastres económicos en Argelia, Egipto, Siria y Yemen, y ha dejado secuelas en algún caso tan catastróficas como las de Argelia. La mayoría de los países islámicos se consideran democráticos o en camino de la democracia; si por tal ideología se entiende la de los países europeos

*Neoliberalismo
e integrismo*



El Ejército de Nabucodonosor asaltando la ciudad de Jerusalén, según la concepción de un artista medieval.

de la CEE y de la EFTA o de Estados Unidos, ningún país islámico es realmente democrático. Lo son más o menos limitadamente Turquía, Pakistán, Malasia, Jordania, Egipto, Túnez o Marruecos, por ejemplo; pero ni las elecciones son suficientemente transparentes, ni el sistema de los partidos claro, ni el control parlamentario real. Aun en los casos citados, el jefe del Estado está por encima del sistema, puede actuar personalmente sin limitación y en algún caso debe ser obedecido hasta religiosamente en tanto Amir al-Muminín (Príncipe de los creyentes), como en el caso de S.M. el Rey Hasán II de Marruecos. El respeto por las posiciones ideológicas personales es limitado en su aspecto público (en algunos casos hasta en algo tan personal como el vestido y el tocado) y tiene limitaciones muy graves en el caso de la libertad de cátedra. La economía de mercado o es de reciente importación o es interpretada de modo peculiar y desarrollada muy lentamente; todo ello casi siempre en conflicto con lo que antes era el sector tradicional; ahora el problema se agrava con el desarrollo y amplitud del integrismo.

El integrismo islámico es un movimiento más afectivo que intelectual que ha cobrado conciencia de su eficacia social tras la «revolución islámica» iraní que dirigió el Imam Jomeini; pero como *idea* es tan antiguo como el fraccionamiento del mundo islámico. La petición de un «Islam integral» aparece en el teólogo al-Gazzali (siglo XI) frente a los «filósofos»; en Ibn Túmart, el «Mahdi de los Almohades (siglo XII); en Ibn Taymiyya, pensador del siglo XIII; en el ya citado Abd al-Wahhab (siglo XVIII), «oficialmente» seguido por la actual dinastía Saudí; en la ideología de los líderes musulmanes de la India Chah Wah Alian de Delhi (siglo XVIII) y Sayyid Ahmad (siglo XIX); en la *Salafiyya* (siglo XIX) y en Hasan al-Banná ideólogo de los «Hermanos musulmanes» (siglo XX). Todos ellos pidieron siempre la «vuelta al Islam integral» y es por ello por lo que siempre he utilizado el término *integrista*. El integrismo popular, hoy tan extendido y vociferante en favor de Sadam Husein, tiene causas muy complejas: las desigualdades sociales, el hambre real, la demagogia de ciertos partidos políticos y de sus líderes; pero el integrismo ideológico parte de una verificación social auténtica: Todas las «reformas» intentadas en los países islámicos basadas en las ideologías occidentales han resultado fracasos o catástrofes, lo mismo el despotismo ilustrado que la democracia restringida, la parlamentaria, los regímenes totalitarios o el supuesto «socialismo». Si todo lo importado ha fracasado ¿porqué no volver a las raíces íntegras islámicas? (1). Además, la eficacia social de la democracia parlamentaria occidental no es valorada positivamente por considerarla fruto del colonialismo y del imperialismo, y engendradora del agnosticismo y del vicio. Por tanto, será necesario mucho tiempo y mayor paciencia para que se produzca una evolución hacia posiciones más constructivas.

(1) Habida cuenta de la índole de este artículo, he sintetizado casi hasta la caricatura y he omitido muchos nombres. Sólo deseo señalar que me atrevo a ello tras haber escuchado pacientemente en Gomm y Teherán a Jamenci Rafsanyani y a numerosos profesores iraníes, y a docenas de ulemas de medio mundo en Casablanca, en cuyo congreso fui el único profesor no musulmán entre un total de cuatrocientos.